

Viaje a Isla Negra

Ese día decidimos pasar el fin de semana en la cabaña de la playa con mi mujer, mi hija menor Paula y nuestro nieto de ocho años llamado Martín. Era un hermoso día de primavera, tal vez un poco caluroso. Durante toda la semana habíamos tenido en Santiago temperaturas máximas de alrededor de los treinta grados, cosa no habitual para la época

Pensamos viajar el día viernes en la mañana, porque en la tarde el movimiento de vehículos aumentaba bastante y pudimos llegar en menos de una hora al peaje de Melipilla, con la suerte de que todavía no aumentaban su valor.

El tránsito estaba muy fluido, como lo habíamos previsto y allí nos encontramos con los típicos vendedores de dulces chilenos, y mi nieto pidió que le compráramos un paquete que empezó a consumir rápidamente, sin acordarse de nosotros los adultos, lo que le valió el reto de su mamá. Por otra parte a mi mujer se le ocurrió que hacía mucho calor y que debíamos detenernos para tomar bebidas heladas.

Posteriormente reiniciamos nuestro viaje hacia la costa sin mayores dificultades y muy contentos por cuanto ya había comenzado a disminuir la temperatura y estaban apareciendo en el cielo las primeras nubes.

Llegamos en pocos minutos al camino costero, que indica hacia Algarrobo y al pasar por San Sebastián pudimos observar que la gente estaba abrigada con sus respectivos chalecos, y el sol había desaparecido totalmente. Poco más adelante, cuando nos detuvimos en el balneario de El Tabo para hacer las típicas compras de mercaderías para el fin de semana, sentimos una sensación de frío por lo que procedimos rápidamente a abrigarnos.

Después de llegar a la cabaña nos dedicamos primeramente a ventilarla, puesto que había mucho olor a humedad ya que no la visitábamos hacía varios meses, luego almorzamos unas ricas empanadas de marisco acompañadas de ensaladas surtidas, más postre de frutas y café cortado a elección.

Enseguida me dispuse a disfrutar de la lectura de un libro que había traído especialmente, escrito por una de mis escritoras preferidas, Isabel

Allende, cuando encontré los lentes para leer, me encontré con la desagradable

sorpresa de que se encontraban con los cristales quebrados encima de uno de los sillones del living. Alguien se había sentado sobre éstos, seguramente sin darse cuenta y fue en ese mismo instante que escuché fuerte la voz infantil de mi nietecito diciendo que las personas no deben dejar sus lentes sobre los sillones porque cualquier niño sin querer los puede aplastar rompiéndolos, la verdad es que tenía toda la razón pensé mientras rumiaba mi rabia interiormente.

Mientras había que tomar una resolución que me permitiera la lectura del libro en este ambiente tan grato y placentero a la orilla del mar. Fue así como llegué a la conclusión que debía partir in mediatamente hacia el puerto de San Antonio, pues tenía el tiempo suficiente para encontrar una óptica abierta que reparara los anteojos, ya que recién eran las tres de la tarde.

El viaje hacia el Puerto me relajó bastante y me hizo olvidar casi por completo la molestia que sentí por el accidente de los lentes. Así fue que cuando pasaba por el balneario de Cartagena divisé la casa que había sido de mis padres, la cual habían adquirido cuando mi padre jubiló y en la que falleció después de haber vivido en ella por más de diez años. Cuando la vi sentí una profunda

emoción puesto que vinieron a mi mente los gratos recuerdos de los momentos agradables que pasaba con ellos cuando los visitaba a menudo.

Era una casa de una construcción muy especial, puesto que en el balneario no había ninguna que se le pareciera, ya que había sido construida por un arquitecto brasileño, como su vivienda personal, tenía una terraza a una altura de dos metros sobre el nivel de la calle lo que permitía una amplia mirada de todo el mar en su extensión y hermosura pudiendo gozar de las maravillosas puestas de sol.

Al entrar por la puerta de calle, se accedía a una escalinata de piedra, que se bifurcaba en dos, que eran rodeadas por un hermoso jardín, lleno del colorido y fragancias de las flores que mi madre cultivaba con mucha dedicación y esmero, las flores parecían danzar en el amplio escenario del mar azulado. Si bien es cierto hoy han pasado muchos años desde esa época, la casa se veía un poco más descuidada, aunque todavía conservaba en cierto aspecto su hermosura.

Cuando tomé el camino de vuelta estaba empezando a oscurecer y me preocupó la neblina que había comenzado a caer junto a una llovizna muy tupida, el mar parecía a cada momento más embravecido, el trinar de los pájaros que habían

alegrado el día había también desaparecido.

Cerca de la localidad de Pelancura, la noche había caído totalmente, sobre el parabrisas parecía tejerse un misterioso manto de tinieblas misteriosas.

Repentinamente me pareció ver la extraña silueta de una mujer, que agitaba sus brazos con fuerza haciendo ademanes para que me detuviera, disminuí la velocidad hasta detenerme, para mi sorpresa, ella me pidió con una voz profunda y angustiada que la llevara al camino del cruce al cementerio. Me agradó su aspecto misterioso y me sentí incapaz de negarme y dejarla sola en compañía de las olas y la tormenta.

En el trayecto no dijo ninguna palabra a pesar de mis esfuerzos puestos en ello, cuando pasamos frente a la casa de mis padres observé que fijó una intensa mirada en ella. mientras la casa desaparecía en medio del temporal.

Un gran trueno estalló, el ruido fue ensordecedor. La mujer había desaparecido y se adentraba en el mar en medio de las olas, mi auto volcó varias veces chocando contra los roqueríos.

Caí al mar y en medio del caos vi las figuras translúcidas de mis padres que me esperaban sonriendo y preguntándose porqué había tardado tanto en reencontrarme con ellos, los seguí mientras una luz celestial guiaba nuestro camino a casa.